

## DISCURSO DEL PADRE JOSÉ LÓPEZ-CALO

Ilmo. Sr. Presidente de la Fundación Santiago Rey Fernández-Latorre, Patronato de la Fundación y miembros del Jurado del Premio Fernández Latorre.

Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades.

Señoras y señores.

Sean mis primeras palabras de agradecimiento. Agradecimiento a los miembros del Jurado del Premio Fernández Latorre por haberme propuesto para recibir el de la presente convocatoria y al sr. presidente y Patronato de la Fundación por habérmelo concedido; y agradecimiento a todos ustedes, queridos amigos todos, por su presencia en este acto, de tanto significado para mí.

Agradezco, pues, con todo mi corazón el honor que hoy se me confiere; pero deseo compartirlo, en cuanto de mí depende, con las personas e instituciones gracias a las cuales he podido realizar al menos parte de lo que deseaba hacer por la cultura de Galicia; y ruego a ustedes que me permitan una enumeración de las que considero más importantes.

Cronológicamente, a quien primero debo mencionar es a la Fundación Pedro Barrié de la Maza, y en ella a su Vicepresidente don Joaquín Arias y Díaz de Rábago. Gracias a su comprensión, gracias a la generosidad sin límites de la Fundación y de su Presidenta, la Sra. Condesa de Fenosa, he podido publicar, en 1982, *La música medieval en Galicia*, un libro que, dicho sea de paso, se imprimió, y espléndidamente, en los talleres de La Voz de Galicia, cuando éstos estaban todavía en Cuatro Caminos; le siguieron la reconstrucción de los instrumentos del Pórtico de la Gloria, el simposio internacional sobre la música del Códice Calixtino y su tiempo, y sobre todo los largos años en que tuve el honor de formar, con

Julio Andrade y Carlos Villanueva, el equipo de Asesores Musicales de la Fundación, del que nacieron, entre otras iniciativas, aquellos inolvidables Concursos de Jóvenes Intérpretes Gallegos, así como los Ciclos de Conciertos, de los que deseo recordar especialmente el dedicado a Música Gallega, y tantas otras iniciativas y realizaciones.

Le sigue, siempre en orden cronológico, la Diputación de La Coruña, con sus dos presidentes, don Ángel Porto Anido y sobre todo don Salvador Fernández Moreda, a quien tanto debo de aquellos años en que yo dirigía la sección de estudio e investigación de la Escuela de Música y Danza, de la Diputación; en particular creo deber mencionar el haberme publicado los doce volúmenes de mi monografía sobre la música en la catedral de Santiago, haber subvencionado, con gran generosidad, la catalogación de los archivos musicales de las catedrales de Tuy y Mondoñedo, y haber publicado, en espléndida edición, el catálogo de Tuy, así como la gran monografía de Juan Bautista Varela de Vega sobre Juan Montes, y tantas otras iniciativas que en aquellos pocos años de su presidencia de la Diputación llevamos a cabo.

Igualmente la Diputación de Lugo, con su presidente don Francisco Cacharro Pardo, siempre abierto a mis sugerencias y gracias a cuya generosidad pude publicar el grueso volumen dedicado a las obras musicales que Juan Montes compuso siendo seminarista en Lugo, que tanto significó para difundir el mejor nombre de Galicia.

Y la Xunta de Galicia, y en ella a su presidente don Manuel Fraga, abierto como nadie a mis repetidas propuestas de mejora del nivel de cultura musical en Galicia, e igualmente a los conselleiros de Cultura, en particular a don Jesús Pérez Varela; como también a los sucesivos presidentes y gerentes del IGAEM, gracias a cuya generosidad pudieron catalogarse los archivos de música de las catedrales de Orense y Lugo y pudo comenzarse la digitalización de los archivos de música de las

catedrales gallegas y llevar a cabo otras muchas iniciativas y realizaciones a lo largo de los años en que tuve el honor de formar parte del Consello Rector del IGAEM, de las que creo de justicia destacar la colección de diez discos CD que hemos publicado de Música Clásica Gallega -todo un record.

Y, desde luego, la Real Academia Gallega, que, viviendo yo todavía en Roma me eligió como académico correspondiente, y sobre todo la Real Academia Gallega de Bellas Artes, que en 1980 me eligió Académico Numerario y recientemente me nombró miembro de su Junta de Gobierno. Deseo, finalmente, tener un recuerdo agradecido para los archiveros de las catedrales gallegas y para el de la colegiata de La Coruña, por su impagable generosidad hacia mí, en mis largos años de estudios en esos archivos.

Con ellos, pues, y con las demás personas e Instituciones que me ayudaron e hicieron posible mis realizaciones en pro de la cultura musical de Galicia, deseo compartir el honor que hoy se me confiere.

Por lo que a mí respecta, considero este premio, más que como una recompensa por lo que yo haya podido hacer por Galicia y su cultura, como un estímulo de futuro, que hace que me considere obligado a entregarme, con más dedicación que hasta ahora, si cabe, a esta empresa gloriosa que es la recuperación, difusión y conocimiento de nuestra cultura musical, y que me obliga, sobre todo, a terminar los varios proyectos que tengo comenzados pero no terminados.

Dos de estos proyectos inacabados creo que debo mencionarlos especialmente con ocasión de recibir este premio, por lo que me siento obligado a exponerlos a ustedes más en particular.

Es el primero la conclusión de la edición de las obras musicales de Juan Montes, sin duda alguna el más grande músico que ha producido Galicia, pero que, desgraciadamente, sigue siendo, hoy como antaño, poco menos que un desconocido. De ese gran proyecto cultural se fueron

publicando al ritmo de aproximadamente un volumen cada año, los diez primeros volúmenes. Pero, desgraciadamente, cuando el volumen XI, que era el cuarto dedicado a *Obras corales e instrumentales de inspiración popular*, estaba ya en la imprenta, con el presupuesto aprobado y hasta con los fotolitos preparados para la impresión, sucedió un cambio importante en la Consellería de Cultura y comenzó para mí un auténtico calvario, que duró cerca de dos años, al final de los cuales ese volumen XI pudo publicarse, no con la perfección con que habían sido publicados los diez anteriores, es cierto, pero sí de una manera suficientemente satisfactoria.

Pero falta todavía por publicar un volumen, el XII y último. Y se trata de uno de los más importantes de toda la colección, porque en él pienso publicar, entre otras obras del maestro lucense, una amplia serie de composiciones que califíco de “menores”, porque no tienen las dimensiones ni la grandiosidad de sus monumentales poemas sinfónicos, misas, o la misma colección de sus *Seis baladas gallegas*, pero que son de una importancia excepcional para conocer cómo era la vida musical de Lugo en la segunda mitad del siglo XIX: esas obras supuestamente “menores”, van a resultar, cuando se conozcan, poco menos que increíbles, por lo variadas y hermosas que son y por el nivel musical que presuponen de vida musical en Lugo en los últimos treinta o cuarenta años del siglo XIX; hasta el punto de que, si no se tuviera la certeza de la realidad que demuestran esas composiciones, se negaría, en redondo, la existencia de ese nivel musical, cultural y hasta social.

Es, sí, un volumen que creo indispensable publicar, para completar el proyecto y, sobre todo, para redimir a Lugo y a Galicia entera de la pobre opinión que, en este punto de la cultura musical gallega en la segunda mitad del siglo XIX, se tiene, en Galicia y fuera de Galicia. Pero faltaría a mi deber si no confesara públicamente, aquí y ahora, que no me siento con

fuerzas para iniciar otro calvario como el que tuve que pasar para publicar el volumen XI.

El segundo proyecto que tengo incompleto es el de la música de nuestras catedrales. Dos son los aspectos fundamentales de este proyecto: la catalogación de sus archivos musicales y la salvaguarda de la música guardada en ellos. El primero de ellos era el más urgente, para saber (nosotros mismos y el mundo científico-musical) cuál era la riqueza y extensión del legado histórico que se guardaba en nuestros archivos catedralicios. Por fortuna, esta parte del proyecto está prácticamente terminada, pues sólo falta publicar el catálogo de la catedral de Lugo, que está a punto de terminarse, gracias a una subvención del IGAEM.

La segunda parte del proyecto es más compleja que la simple catalogación. Compleja y difícil, sí, pero indispensable, pues esos archivos, como cualquier institución similar, no están nunca del todo a salvo de cualquier accidente que pueda poner en peligro la subsistencia de ese legado histórico.

Este pensamiento fue lo que me movió a hablar de ello a las autoridades de la Xunta, y concretamente al gerente y al presidente del IGAEM, lo mismo que al Sr. presidente de la Xunta y al sr. conselleiro de Cultura. Por fortuna, encontré la máxima receptividad en todos ellos, y así, una vez que, por diversas razones, decidí comenzar por la catedral de Orense, el Sr. obispo y las autoridades de la catedral, en particular su canónigo archivero, don Miguel Ángel García, aprobaron entusiasmados la idea; y así, el 2 de febrero del 2005 el Sr. conselleiro de Cultura, don Jesús Pérez Varela, y el Sr. obispo de Orense, don Luis Quinteiro, firmaron, en el propio archivo de la catedral, un protocolo de colaboración entre la Xunta y la catedral de Orense para la reproducción, en formato digital, de todas las composiciones del archivo de música, que incluía todos sus fondos, desde

los pergaminos y códices medievales hasta las composiciones contemporáneas.

Según ese protocolo, la Xunta asumía, a través del IGAEM, todos los gastos de esa reproducción fotográfica, de la que se entregaría una copia completa al archivo y se haría una segunda copia de seguridad, que se guardaría en el Centro de Documentación Musical de Galicia, que el mismo IGAEM había creado.

Ese trabajo de Orense está concluido hace ya varios meses; pero, desgraciadamente, ese proyecto está paralizado y mucho me temo que ya no será fácil continuarlo. Al menos de mí puedo decir que, desaparecido el IGAEM, en cuyos estatutos fundacionales entraban de lleno actividades tan necesarias y urgentes como éstas, no sé ni siquiera a qué institución, pública o privada, dirigirme para poder continuar con este proyecto, no obstante su fundamental importancia para Galicia y aun su urgencia.

No es nada cómodo para mí terminar con esta nota de pesimismo. Pero creo que faltaría a mi deber hacia la Fundación Santiago Rey Fernández-Latorre, hacia ustedes, que hoy nos honran, a la Fundación y a mí, con su presencia, y hacia Galicia misma, si, movido por un sentimiento de pudor, bien comprensible, ciertamente, pero que en este caso creo que debe ser superado, hubiera escondido a ustedes y a Galicia entera esta realidad.

Deseo, pues, terminar por donde comencé: agradeciendo a la Fundación Santiago Rey Fernández-Latorre su generosidad y a todos ustedes, señoras y señores, su asistencia a este acto. Muchas gracias a todos.